

EVARISTO MARTÍN NIETO

LA
SANTA MISA

ESCUELA BÍBLICA
DE LA
AXARQUIA

(Con licencia Eclesiástica)

Primera Edición: FEBRERO 2007

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de la Axarquía



ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --
C/ San Martín nº 2
29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

La celebración de la Santa Misa es, para un cristiano, el acto más grande de la semana. En ella alcanzan sus más altas cimas lo humano y lo divino, lo religioso y lo social, el encuentro de unos con otros y de todos con Dios. Y en ella adquirimos los más sólidos compromisos en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo, dos realidades que no pueden disociarse. Este folleto intenta poner de relieve, de manera muy sencilla, unos aspectos fundamentales de esa su doble dimensión. La unión invisible con Dios es verdadera, si se hace visible, con obras de amor, en la unión con los hermanos.

I.- NOMBRES

La Santa Misa ha recibido varias denominaciones. Cada una pone de relieve un aspecto de la misma. Con todas ellas tenemos una aproximación al "misterio de la fe" proclamado sacerdote tras la consagración del pan y del vino.

1.- La cena del Señor: 1 Cor, 1,20

“Jesús envió a Pedro y a Juan diciendo: Id y preparad la cena de la Pascua” (Lc 22,18)

Este nombre es el más antiguo con la "fracción del pan". Fue una cena de "despedida", anterior a la pascua, según San Juan (13,1; 18,28) y la cena "pascual" según los sinópticos (Mc 14,16). Habría que estar con San Juan: 1) Porque, a lo largo de la cena, no hay ninguna referencia, ningún gesto, que evoque la cena pascual. Ni siquiera se menciona el cordero pascual que constituía el alimento central de la comida .2) Porque, en el caso de que hubiera sido a cena pascual, se hubieran cometido varias violaciones de la ley, al tratarse de la Pascua, el día festivo más importante de todos: las sesiones del Sanedrín, los desplazamientos de Jesús de un lado para otro (Anás, Caifás, Pilato, Herodes, Pilato). Y todo por la noche, cuando estaba prohibido celebrar juicio alguno. Si a Jesucristo se le condena "en nombre de la ley " (Jn 19,7), no se concibe que hicieran tantas transgresiones de la ley en la noche más sagrada para los judíos.

Fue una noche testamentaria, con los discursos de despedida (Jn 13,34 -15,12). En todo caso, la cena se desarrolló en un contexto pascual. Así lo entendieron los

primeros cristianos Jesucristo, "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 2,29) muere a la hora en que estaban sacrificando los corderos pascuales en el templo, lo que, por otra parte, significaba que la vieja pascua ha pasado y ha llegado la nueva.

Los hebreos comían la cena pascual en nombre de Yavé para celebrar la liberación de la esclavitud de Egipto. Los cristianos comemos la cena del Señor, en nombre de Jesucristo para celebrar la liberación del género humano con su muerte en cruz. Se trata de una liberación integral, de todas las esclavitudes que afectan a la persona humana, de orden moral, espiritual, material, económico, político y religioso.

Por tanto, la cena del Señor es una cena institucional que compromete a los que, en su memoria la celebramos, a luchar por un mundo nuevo, en el que todos los seres humanos puedan ejercer libremente los derechos fundamentales, en el que no haya esclavos y esclavizadores, pues Jesucristo nos ha hecho libres para que seamos libres (Gal 5,1).

Todas las liberaciones de la historia humana son aportaciones a la redención-liberación realizada por Jesucristo. Todos, pues, por razones humanas y evangélicas debemos tomar parte activa en ellas con el fin de avanzar en la liberación de todos los oprimidos de la tierra. Nos lo pide la celebración de la Misa.

2.- La mesa del Señor (I Cor 10,21)

*" Al atardecer llegó Jesús con los doce
y se sentaron a la mesa "
(Mc 14,17)*

Celebrar la Santa Misa es asistir a un banquete en el que todos los comensales comparten mesa y mantel, comen, beben, conversan. A eso se va. En las comidas se habla sobre muchas cosas, se dialoga, se expresan los propios pareceres, se hacen acuerdos. Hoy las llamamos comidas de trabajo, con frecuencias muy fructíferas, pues dialogando, en torno a una mesa, se entiende la gente.

Jesucristo compartió la mesa con sus amigos, Lázaro, Marta y María (Lc 10,38-42); con Simón el fariseo (Lc 7,36-50), donde se describe la estrecha relación entre el perdón y el amor: "Al que se le perdona mucho, ama mucho, y al que se le perdona poco, ama poco" : con Zaqueo, el publicano (Lc 19,1-10) que cambió su actitud ante el amor al dinero y decidió dar a los pobres la mitad de sus bienes y devolver cuatro veces más de lo que había defraudado. Estas comidas de Jesús eran comidas apostólicas.

A la mesa eucarística no se asiste como un convidado de piedra. ¿Qué celebración del banquete sería aquella en la que los asistentes no participaran en el manjar divino que Jesucristo les ofrece? ¿Qué sentido puede tener asistir a una Misa, sin acercarse a comulgar? El mismo que sentarse a una mesa de una comida, a la que ha sido invitado, con los brazos cruzados y sin abrir la boca viendo comer a los demás. ¿Que razones puede haber para no comer el pan que da la vida, sabiendo además, que el que coma de ese pan tiene vida eterna y el que no coma no tendrá vida, será como un cadáver espiritual? (Jn 6,51-58). El cuerpo que no come el pan común se muere, y el alma que no come el pan del cielo, también se muere. Se supone que todo el que va a celebrar la misa, lo hace con las debidas disposiciones.

A la Misa vamos a hablar con Dios, a ponernos en paz con él, a escuchar su palabra y a obedecerla. Vamos también a

hablar con los hermanos, a identificarnos los unos con los otros, a poner nuestros corazones en plena sintonía en el sentir y en el obrar. Pues este pan "es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir siempre en Jesucristo" (S. Ignacio de Antioquía). Es, además, garantía de nuestra resurrección.

3.- Fracción del pan

"Ellos le reconocieron al partir el pan(Lc 24,35)

El padre de familia, o el anfitrión de la mesa, partía el pan en trozos y lo repartía. Eso hizo Jesús (Mc 14,12) y eso hacían las primeras comunidades cristianas (He 2.42).

El pan era el alimento primario de Israel y, en general, de todos los pueblos del mediterráneo y del oriente próximo. El pan de los pobres era de cebada (Jn 6.9). Su único alimento era, por lo general pan y agua y, a veces, escasas ambas cosas (2 Cron 18,26).

El derecho al pan es uno de los cuatro fundamentales: "Indispensables para la vida son el agua, el pan, el vestido y la casa" (Si 29, 21). En definitiva con eso basta, ¿para qué ansiar más?

Es posible que los primeros cristianos llamaran a la eucaristía "fracción del pan" en recuerdo y como símbolo del cuerpo de cristo roto, machacado e inmolado. El corazón de Jesucristo se rompe en la cruz por amor al hombre y para enseñarnos que nuestra razón de ser es el amor, pues, sin amor, todo se reduce a la nada.

También es posible que el pan partido y repartido entre los asistentes a la cena signifique que todos los seres humanos deben participar por igual en el banquete de la vida. Si se

reparte el pan, hay pan para todos, nadie pasaría hambre, porque además es de todos. Ese es asimismo el significado teológico y social de la multiplicación de los panes: si repartimos el pan que tenemos, sobra pan (Jn 6,13). Nunca hubo en el mundo tanto pan y tanta gente sin pan . Sólo se celebra la Santa Misa, como Dios manda, si al partir y compartir el pan del cielo, compartimos el pan de la tierra.

Los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús en el gesto de partir el pan. Esto significa que en la fracción del pan, Cristo se manifiesta, se presencializa. Donde se parte y se reparte el pan, allí está él. Cuando iban por el camino les explicó lo que las Sagradas Escrituras habían profetizado sobre él. Y Jesús desapareció, se ausentó (Lc 24,31), pero les dejó, nos dejó, dos medios en los que el ausente está presente: La Biblia y la Eucaristía.

4.- Elogía (Bendición)

"Habiendo pronunciado la bendición (eulogías : Mt 26,26), partió el pan y se lo dio a sus discípulos " .

Sentados a la mesa se bendecían los alimentos que se iban a comer, el pan, el vino, las frutas. Eso es lo que hizo Jesucristo en la última cena.

Entró en este mundo con el título de "Bendito" ya en el seno de su madre, "la bendita" (Lc 1,42). En su vida pública será aclamado como " el bendito que viene en nombre del Señor (Lc 12,35; 19,38). El Mesías esperado es "el hijo del Bendito" (Mc 14,61) "por los siglos" (Rom 9,51;2 Cor 11,31).

La bendición prometida a Israel para todos los pueblos de la tierra (Gn 18,18) se realiza en su "descendencia", es decir,

en Jesucristo (Gal 3,14 -16), que fue el enviado de Dios con la misión de bendecirnos para el arrepentimiento de nuestros pecados (He 3,26).

Jesucristo bendecía a los niños imponiéndoles las manos (Mc 10,16), y siendo "el bendito", se hizo "el maldito", la maldición, colgado en la cruz para ser así la "bendición" del mundo (Gal 3,13-14) .

Nos mandó bendecir siempre, incluso a los que nos maldicen (Mt 5,44). Salió de este mundo tras bendecir a sus discípulos (Lc 24,51). Lo suyo fue bendecir y hacer el bien.

Su bendición más importante es, sin duda, la del pan en la última cena. Al bendecirlo, se presencializaba, penetraba en él de tal modo que, al dárselo a sus discípulos, se daba a sí mismo, se entregaba en plenitud hasta morir por ellos. Lo mismo hizo con el vino. Al dárselo a beber, les daba su vida, su propia sangre que iba a ser derramada en la cruz. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos y ellos son sus amigos (Jn 15,13-14). El que coma este pan ha de estar dispuesto a morir por los demás.

Él bendijo el pan y nosotros le bendecimos a él, le alabamos, le glorificamos, le aclamamos como "el único bendito", le damos gracias por el "pan común" que nos ha dado, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres que se convierte en el "pan de vida": "Cristo mismo es el pan que sembrado en la Virgen, florecido en la carne, amasado en la Palabra, cocido en el horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles el alimento substancial" (San Cirilo de Jerusalén). Lo humano y lo divino, el hombre y Dios se funden en ese pan, alimento del cuerpo que se hace alimento del alma.

Comer el pan bendito consagrado nos obliga a bendecir, es decir, a hablar bien de todos, incluso a los que hablan mal

de nosotros. No se puede salir del templo y a renglón seguido ponernos a criticar a los hermanos. Del ausente, o no hablar, o hablar en su alabanza. San Juan de la Cruz decía: "Lo que hablare, sea de manera que no sea nadie ofendido" (A 150).

5.- Eucaristía (Acción de gracias)

"Habiendo dado gracias eucarísticas: (Lc 22, 11) lo partió y se lo dio".

Las palabras "eulogía" y "eucaristía" son dos palabras cruzadas y prácticamente sinónimas. De hecho Lucas y Pablo, refiriéndose a la fórmula de la consagración del pan ponen "eucarísticas", donde Mateo y Marcos ponen "eulogías"; y refiriéndose a la fórmula del vino Mateo y Marcos ponen "eucarísticas".

Las fórmulas de la última cena son las mismas empleadas, también indistintamente, en la multiplicación de los panes (Mc 8,6; Mt 15,36) y en la cena con los discípulos de Emaús (Lc 24,30) Jesucristo daba gracias a Dios Padre (Jn 11,41) y nos enseñó a hacer lo mismo. La eucaristía nos recuerda que debemos estar en continua acción de gracias a Dios por tantas como constantemente nos concede: "gracia sobre gracia" (Jn 1,16), una acumulación de gracias que se sobreponen y no dejan de crecer. San Pablo recomienda a los efesios que den continuamente gracias a Dios por todas las cosas en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (Ef 5,20) y esto dice a los tesalonicenses: "Hermanos, continuamente debemos dar gracias a Dios" (2 Te 1,3). Él, por su parte, no deja de hacerlo (Ef 1,16), acción de gracias para gloria de Dios" (2 Cor 4, K4).

En la Misa, el sacerdote invita a la asamblea a dar gracias:

"Demos gracias al Señor, nuestro Dios". Y continua así: "Te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia". Porque nos concedes esta ocasión litúrgica para darte públicamente gracias por el servicio que le hacemos sirviéndonos los unos a los otros, pues ¿en qué otra cosa podemos servir al que lo tiene y no tiene necesidad de nada?. Toda la vida del cristiano es una eucaristía, una acción de gracias.

6.- Memorial

"Haced esto en memoria mía" (Lc 22,19;1 Cor 11,9).

Cristo manda a sus discípulos que hagan lo que él acaba de hacer. O mejor: Que, acordándose de él, estén dispuestos a hacer lo que él va a hacer: dar la vida por los demás.

El pan (el cuerpo entregado) y el vino (la sangre derramada) están referidos al sacrificio cruento de la cruz. No se trata, por tanto, de un mero "recuerdo", sino de una conmemoración que nos vincula con Jesucristo y reaviva en nosotros su acto redentor.

Recordar es revivir, vivir ahora y proclamar lo acontecido en la cena y en el calvario, y actualizarlo en nuestra propia vida: cumplir el mandamiento nuevo hasta sus últimas consecuencias, hasta el extremo del amor (Jn 13,1). Para un cristiano en el límite, existir es amar. Recordar es obra de la cabeza, pero es más del corazón.

Recordar es también ser un apóstol, un evangelizador: "Cada vez que coméis y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga" (1 Cor 11,26). Hacemos memoria de cuanto hizo y dijo durante su vida: evangelizaba a los pobres, curaba a los enfermos, predicaba el reino de la paz y del amor.

La eucaristía nos recuerda el pasado y nos remite al futuro, a la venida del señor. Así lo manifestamos después de la consagración: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: Ven, Señor Jesús". En un prefacio decimos al Padre: "Unidos en la caridad celebramos la muerte de tu Hijo, con fe viva proclamamos su resurrección y con esperanza firme anhelamos su venida gloriosa". Desde el amor y desde la fe esperamos con fervor el encuentro definitivo con él.

7.- Cuerpo de Cristo

*Tomad y comed, esto es mi cuerpo (soma, en griego)...
bebed, esta es mi sangre" (aima) : Mt
26,20. 23.*

San Juan, partiendo de la institución y celebración de la eucaristía, dice: "El que come mi carne (sarkx) y bebe mi sangre (aima) tiene vida eterna" (Jn 6,54). San Ignacio de Antioquía también pone "carne" en lugar de "cuerpo"): La eucaristía es la carne (sarkx) de nuestro salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados "(A los esmirniatas VII, 1). Probablemente el original es "carne", como correlativo de "sangre".

Cuerpo, carne y sangre significan indistinta y conjuntamente la persona de Cristo. Comer a Jesucristo es identificarse con él, con sus obras y con su doctrina; es creer en él, fiarse plenamente de él, ponerse en sus brazos, dejarse transformar por él en él.

Si comulgamos con estas disposiciones personales, el sacramento produce en nosotros toda su eficacia: nos borra nuestros pecados, nos da la vida eterna, en cierta manera nos santifica; aumenta nuestro vigor como miembros de su cuerpo

que es la Iglesia y nuestra capacidad para hacer de ella una Iglesia viva y dinámica, llamada a revitalizar tantos cuerpos muertos o semimuertos en el orden espiritual y en el meramente humano, unos porque no quieren alimentarse del pan bajado del cielo y otros porque carecen del pan que produce la tierra.

8.- Santo Sacrificio

La Iglesia ha considerado tradicionalmente a la Eucaristía como un "sacrificio" referido a Jesucristo sacrificado en la cruz y actualizado, pero no repetido, ahora en el altar. Jesucristo carga sobre sí los pecados del mundo para destruirlos con su sacrificio (Heb 9,26). La redención de la humanidad se hizo con dolor.

Desde esta perspectiva, había que hacer sacrificios, cuantos más, mejor, para seguir el camino de Jesucristo y ser más gratos a él.

La redención, realizada objetivamente por Jesucristo a través del sufrimiento, es una redención dinámica que tiene que realizarse subjetivamente, también con dolor, en todos los seres humanos de todos los tiempos para que sea completa. Por eso decía San Pablo: "Me alegro por sufrir, y por mi parte completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Jesucristo por su cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24).

En la Misa encarnamos en nosotros el sacrificio de Jesucristo, aceptamos la cruz, en la que cada uno estamos crucificados. Incluso la aceptamos como una gracia inestimable de Dios. San Juan de la Cruz pedía esto a Jesucristo: "Sufrir y ser despreciado por tu causa".

Dicho esto, hay que decir que la palabra "sacrificio" se refería también y se refiere, a las ofrendas que los

concelebrantes llevaban a la Misa, a la que no se puede ir con las manos vacías, sino con las manos llenas, según la posibilidad y la generosidad de cada cual, para las necesidades de la comunidad, especialmente de los más pobres, como una exigencia ineludible de lo que vamos a celebrar. El que tenga mucho, que dé mucho, y el que tenga poco que dé algo de ese poco. Así lo hacían los primeros cristianos (1 Cor 16,2)

San Cipriano regañaba así a una mujer rica que no llevaba nada: "Te imaginas celebrar la cena del Señor, sin tener en cuenta la ofrenda. Tu vienes a la cena del Señor sin ofrecer nada". ¿De qué sirve a esta mujer celebrar la Misa?

En este mismo sentido de "sacrificio", llevamos al altar la ofrenda de nuestra vida entera. Por eso, pedimos en la Misa al Señor que "nos transforme en ofrenda permanente" (Anáfora I I I), constante (Heb 13,15). Así se lo recomendaba San Pablo a los romanos: "Os pido que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" (Rom 12,1).

9.- La Acción

Así se llamaba a la celebración de la eucaristía en los primeros tiempos: "LA ACCIÓN". La acción por excelencia, la única con artículo y con mayúsculas. La más sublime acción que podemos hacer los hombres: vivir, actualizar la entrega de Jesucristo, el ofrecimiento de su vida para la salvación del mundo y, al propio tiempo, ofrecernos en común con él al Padre y a los hermanos, adoptando sus mismas actitudes de entrega total.

Es la acción más comprometedora de cuantas podamos realizar tanto en el orden religioso, como en el social.

Todos los cristianos hemos de esperar y preparar, durante toda la semana, con renovadas ilusiones, la acción

eucarística del domingo, para que no se convierta en una acción rutinaria. Acudimos, no por razones puramente jurídicas, porque así lo manda la Santa Madre Iglesia. No vamos por obligación, sino por devoción y por necesidad y gozo espiritual.

No vamos de oyentes y espectadores, todos somos actores, linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada (1 Pe 2,9) que, presididos por el sacerdocio ministerial, celebramos la eucaristía en nombre de Jesucristo, Sumo y eterno sacerdote. Una Misa bien preparada, bien rezada, bien celebrada es el quehacer más importante de la semana desde nuestro ser religioso y de nuestro ser social, dos aspectos indisolublemente unidos en la vida del creyente.

10.- La Alianza Nueva

"Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre" (Lc 22,20)

Dios elige a Israel entre todos los pueblos de la tierra por puro amor (Dt 7,8) y le ofrece una alianza (un pacto), mediante la cual se compromete a protegerle con su omnímodo poder. El pueblo se obliga a consagrarse a él, a obedecerle en todo. La alianza se plasma en esta fórmula: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo".

La alianza escrita en piedra, y rubricada con sangre (Ex 24, 8) fue reiteradamente violada por Israel, un pueblo "de cabeza dura y corazón de piedra"(Ez 36,20) . Su historia pasa una y otra vez por estas cuatro fases: 1) El pueblo es infiel, se va tras otros dioses, tras la nada. 2) Yavé les infiere un castigo medicinal. 3) El pueblo se arrepiente y suplica perdón. 4) Yavé, clemente y misericordioso, le perdona, porque, a pesar de todo, le sigue amando. Dios siempre perdona, porque es "AMOR".

Ante tantas deslealtades, Dios promete una alianza nueva, escrita, no ya en el corazón del hombre:

"Yo haré con la casa de Israel y la casa de Jacob una alianza nueva, no como la que hice con sus padres cuando los saqué Egipto... Pondré mi ley en su interior, la escribiré en su corazón y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Ez 26,26-28).

Esta "nueva" alianza será "eterna". Así lo anunció Isaías: Sellaré con vosotros una alianza perpetua, la promesa que aseguré a David (Is 55,1-3). No se romperá nunca, porque es una alianza de amor mutuo y el amor no pasa jamás (1 Cor 13,8-13). Dios es amor y "para este fin de amor hemos sido creados" (San Juan de la Cruz C 29,3). Es la alianza realizada por Jesucristo rubricada con su sangre (1 Cor 11,23-29), la sangre anunciada del Siervo doliente (Is 53,10-12).

Su destinatario no es únicamente el Israel histórico, sino el nuevo Israel, la Iglesia fundada por Jesucristo con la misión universalista de proclamarla al mundo entero. Todos, al fin, somos elegidos por Dios, también por puro amor. Y si Israel escribió su historia con páginas y páginas de olvidos y deslealtades, el nuevo Israel sólo puede escribir la suya con recuerdos vivos y fidelidades absolutas. Unos recuerdos que vivimos y avivamos en la Misa, el sacramento del amor. En la alianza antigua había diez mandamientos (Ex 20, 20-27), que regían las relaciones de unos con otros y de todos con Dios; en la nueva sólo hay uno promulgado por Jesucristo en la última cena referido directamente no a él o a su Padre y Padre nuestro, sino a nosotros: "Amaos unos a otros como yo os he amado" (Jn 13,14; 15,12). Porque si nos amamos, estamos también amando a ellos.

Cada vez que celebramos la Santa Misa reafirmamos nuestra fidelidad a esta alianza nueva y eterna.

11.- La Misa

Así se comenzó a llamar en el s. IV. Es el nombre más popular en occidente. La palabra "Misa" deriva del latín y tiene la significación etimológica de envío, de misión.

Jesucristo en la cruz pudo decir que había cumplido la misión para la que le había enviado su Padre (Jn 19, 30). Después de la resurrección encomendó esta misión a sus discípulos:

"Id y haced discípulos míos en todos los pueblo... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,19-20).

Antes, al final de la Misa, se decía: "Ite, Missa est". "Id (en imperativo) la Misa ha concluido, la hemos celebrado, pero seguid celebrándola, poned en práctica lo que acabamos de hacer, predicad el evangelio, dad testimonio de vuestra fe, de vuestra esperanza y de vuestro amor. La Misa nos hace a todos misioneros, evangelizadores, la misión más importante que Jesucristo nos encomienda para que el reino de la paz, de la justicia y del amor se extienda y crezca por todos los confines de la tierra.

Para que eso sea así, tenemos que llevar a cabo la evangelización antigua y nueva, la única, la de siempre, la que proclamó y llevó a cabo Jesucristo: evangelizar a los pobres (con la complejidad de significación de la palabra) y hacerlo desde la pobreza, como lo hizo él, que siendo rico, se hizo pobre y nació, vivió y murió como nacen, viven y mueren los

pobres. Sólo así seremos una Iglesia creíble y, teniendo en cuenta que la eucaristía es la celebración del compartir para que los ricos dejen de ser ricos y los pobres dejen de ser pobres y se alcance la igualdad: una misión utópica, pero ¿qué es el evangelio, sino la más hermosa utopía? Si al evangelio le quitamos la utopía, le hemos quitado el alma.

En la Misa hemos adquirido el compromiso de vivir en paz y ser constructores de la paz, la paz de Cristo, el conjunto de todos los bienes; de luchar por una convivencia pacífica en este mundo plagado de guerras, de violencias, de muertes y agresiones, en el que da la sensación de que, de una manera o de otra, estamos en guerra todos contra todos, en todos los espacios y a todos los niveles, personal, familiar, social, político y religioso. Un cristiano, sin conciencia de paz y de condena de todos los conflictos bélicos, es un imposible, una contradicción en sus términos, pues es un seguidor de Jesucristo, el príncipe de la paz, que entra en el mundo con la bandera de la paz (Lc 2,13) y sale de él dejándonos el gran don de la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Jn 14,27). Un cristiano es un heraldo de la paz, un grito contra todas las guerras, pues todas son injustas, porque todas matan seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios, el único que puede disponer de nuestra vida; todas son una locura y las guerras de religiones son, además, un sacrilegio.

12.- El misterio de la fe

Así lo proclama el sacerdote después de la consagración: "Este es el misterio de nuestra fe".

Antes y después de la consagración, en el altar sólo vemos pan y vino, una realidad visible, símbolo de la realidad invisible, la persona de Cristo, que sólo es perceptible con los

ojos de la fe. Con la fe aceptamos el misterio, la presencia de Jesucristo en el sacramento. La eucaristía es el misterio que nos introduce en el corazón de Cristo.

Para los que no tengan fe, el sacramento es la nada. Porque ¿cómo comprender que en ese cachito de pan está Jesucristo, que es Jesucristo, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo? ¿Cómo la Divinidad, el Hijo único de Dios encarnado, puede estar ahí "verdadera, real y substancialmente"? ¿Cómo se realiza el misterio que hace presente a Jesús en el pan y en el vino? Benedicto XVI lo explica así: "E l Señor toma posesión del pan y del vino, en cierto sentido los saca de los goznes de su ser ordinario y los eleva a un nuevo orden".

Pero el cómo se hace eso, sigue en el misterio inexplicable. En todo caso eso importa poco. Lo importante es que el pan y el vino han pasado a ser y a simbolizar una nueva realidad, el pan de la vida eterna y el vino del amor. Una vida divina que se nos da ya en este mundo y que se manifestará en el otro:

"Queridos míos desde ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3,2).

Únicamente la fe hace que aceptemos el regalo más grande que podíamos imaginar: Jesucristo que se nos da en persona.

En último término, todo lo natural es un misterio. Un misterio es la historia de Israel, el pueblo elegido, y un misterio es la Iglesia, germen del Reino de Dios que es también un misterio lleno de misterios.

Un misterio es la creación y este mundo lleno de sufrimientos, de injusticias, de opresiones y de muertes. En definitiva, el misterio de los misterios es Dios, el trascendente, el incomprensible, el inaccesible, el totalmente otro que, en la Misa, se hace el totalmente nuestro.

La eucaristía viene a ser la culminación de una sarta infinita de misterios en que se mueve la vida de todos los seres humanos: El Dios, hecho hombre, que se nos entrega continuamente como alimento, como el Padre que nos cuida con amor infinito. La esencia de la Misa y del Evangelio se reduce a dos palabras: creer y amar:

“Este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que él nos dio” (1Jn 3,23).

Sólo desde la fe y desde el amor se puede celebrar el misterio eucarístico de la fe y del amor.

II.- TEXTOS BÍBLICOS

Tenemos cuatro relatos de la institución de la eucaristía, pero, en realidad, son dos. Por una parte, el de Mateo y Marcos, y, por otra, el de Lucas y Pablo.

CUADRO SINÓPTICO

Mt 26, 26-29	Mc 14, 22-25	Lc 22, 15-20	1 Cor 11, 23-25
Tomando el pan	Tomando el pan	Tomando el pan	Tomó pan
Habiendo pronunciado la bendición(eulogías)	Habiendo pronunciado la bendición(eulogías)	Habiendo dado gracias(eucharistías)	Habiendo dado gracias(eucharistías)
Lo partió y se lo dio a sus discípulos y dijo	Lo partió y se lo dio y dijo	Lo partió y se lo dio diciendo	Lo partió y dijo
Tomad y comed , esto es mi cuerpo	Tomad , esto es mi cuerpo	Esto es mi cuerpo que se da por vosotros	Esto es mi cuerpo por vosotros
		Haced esto en memoria mía	Haced esto en memoria mía
Tomando el cáliz	Tomando el cáliz	Y lo mismo con el cáliz	Y lo mismo con el cáliz
Y habiendo dado gracias	Y habiendo dado gracias	Después de haber cenado,	Después de haber cenado ,

(eucharistias) se lo dio diciendo	(eucharistias) se lo dio y bebieron todos de él y les dijo :	diciendo :	diciendo :
Bebed todos de él , porque esto es mi sangre de la Alianza que se derrama por muchos en perdón de los pecados	Esto es mi sangre de la Alianza que se derrama por muchos	Este cáliz (es) la nueva Alianza que se derrama por vosotros	Este cáliz (es) la nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebáis , haced esto en memoria mía

El lector, de un golpe de vista sobre el cuadro sinóptico, puede fácilmente apreciar las diferencias y convergencias de los cuatro relatos. Enseguida se percibe la coincidencia y casi identidad de Mateo y Marcos por una parte y de Lucas y Pablo por otra. Se trata de dos tradiciones distintas, de los textos empleados en la celebración de la eucaristía. Los de Mateo y Marcos revelan la liturgia de una comunidad palestina, Jerusalén, y los de Pablo y Lucas los de una comunidad griega, Antioquía. Marcos influye en Mateo y Pablo en Lucas.

En la fórmula sobre el pan Mt dice: "Tomad y comed" (un mandato), Lc y Pablo dicen: "Esto es mi cuerpo que se da..." (se entrega , en sentido de futuro) en clara referencia a su muerte en la cruz; sólo estos dos dicen: "Haced esto en memoria mía", un mandato que constituye la institución de la eucaristía. Si Mateo y Marcos no lo ponen, es porque lo dan por supuesto, pues de hecho lo perpetuaban, lo repetían (He 2, 42).

En la fórmula sobre el cáliz sólo Mateo dice: "Bebed todos". Todos los asistentes al banquete eucarístico deben

comulgar. Marcos dice: "Bebieron todos". Según Mateo la sangre se derrama "por muchos", es decir "por todos", "para el perdón por los pecados" de todos los hombres. La redención es universal, incluye a todos los seres humanos de todos los tiempos y todos los espacios.

Pablo y Lucas afirman que se trata de la "alianza nueva", la anunciada por los profetas Jeremías y Ezequiel. La fórmula actual añade "eterna" (esta alianza nueva es definitiva).

Esta es la fórmula que actualmente empleamos:

1) Sobre el pan:

"Tomó el pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros".

2) Sobre el vino:

"Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y, dándote gracias, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía".

Se aprecia fácilmente que las fórmulas actuales de la liturgia son el resultado perfecto de una combinación de los cuatro relatos.

III.- REFLEXIONES

Las divergencias de las cuatro narraciones significan que no se dice literalmente lo que Jesucristo hizo y dijo en la cena, cosa que nunca podremos saber. Lo que dicen es cómo celebraban la eucaristía las primeras comunidades cristianas y cuáles eran los compromisos que adquirían y practicaban. Y ese cómo y esos "cuáles" eran estos en la comunidad de Jerusalén:

“Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. Partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo" (He 2, 42-47; 4,32-37).

Tal vez estos textos llevaron a San Agustín a condensar en seis palabras las características fundamentales de la eucaristía que es: *Sacramentum pietatis*, *Signum unitatis*, *Symbolum charitatis*. Sacramento, signo, símbolo, piedad, unidad, caridad. La eucaristía es Sacramento de piedad, signo de unidad y símbolo de caridad.

A.- Sacramento de piedad

La oración:

"Perseveraban en las oraciones " (He 2, 42)

Los cristianos eran una comunidad de orantes, una comunidad viva, pues la oración es la vida del alma, como el aire es del cuerpo. La fe, sin oración, es una fe muerta...

Orar es "tratar de amistad... con quien sabemos que nos ama" (Santa Teresa, V 8,5), hablar con Dios que es nuestro Padre y nuestro amigo. Para hablar con él, hay que hablar y sentirse hermanos y amigos de los hombres, el que no se entiende con los hombres, no puede entenderse con Dios: "Cuando os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonádselo" (Mc 11,25).

La oración alcanza su cima más alta en la liturgia, manifestación de la alegría, reflejo de la liturgia del cielo (Ap 4, 8-11; 7, 9-12). Nos reunimos para orar, para celebrar la Misa que es el corazón de la oración cristiana. En ella oramos expresamente varias veces, y lo hacemos en plural, al principio, en el centro y al final de la Misa. Después del ofertorio, el Sacerdote, de una manera apremiante e imperativa nos dice: "Orad, hermanos ". Esta oración comunitaria nos sitúa en un mismo pensamiento, en un mismo sentir y en un mismo querer, condición indispensable para que la celebración sea agradable a Dios.

El protagonista de la asamblea es Jesucristo que ora al Padre por nosotros y el animador es el Espíritu Santo, el amor hecho persona. Con Jesucristo y bajo la acción del Espíritu, celebramos dignamente la misa, sacramento de la solidaridad, del amor mutuo de Dios y de los hombres; y lo hacemos con el

corazón limpio (Mt 5,8), de lo contrario sería la celebración más imperfecta, pues equivaldría a una profanación de lo sagrado.

La oración ha de ser siempre comprometida, reflejada en las realidades de la vida, de la convivencia social.

En la Misa hacemos fundamentalmente tres clases de oración: Adoración, petición, y acción de gracias.

1.- Adoración

La primera actitud del hombre frente a Dios es de adoración: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo servirás" (Dt 6, 13).

Adorar es reverenciar, adoptar la postura del siervo ante su señor, estar en absoluta dependencia de él y, al mismo tiempo, confiar en él. Adorar a Dios abarca todo el mundo de la moral y de la religiosidad del hombre manifestada en amarle de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (Dt 6, 5). Reconocemos que él es el todo y nosotros la nada; que él es el que es y nosotros los que no somos; que a él le debemos todo, en el ser, en el subsistir y en el obrar, en todo.

El "Gloria a Dios en el cielo", que proclamamos jubiloso, es un himno de adoración, de alabanza, de gloria, de honor y de acción de gracias a nuestro Padre celestial. Un himno que nos brota del centro del alma, pues "los verdaderos adoradores, los que el Padre quiere, han de adorarlo en espíritu y en verdad" (Jn 4, 23-24).

Esta adoración, este culto verdadero, radica en que, movidos por el Espíritu Santo, adoramos al Padre en la persona de Cristo, como decimos en la Misa: "Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del

Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”.

Esta adoración, expresión de nuestra religiosidad, ha de ser contrastado con nuestra sensibilidad social. La actitud anticúltica de los profetas ha sido siempre, y lo es hoy de actualidad. Los profetas atacan, no al culto en si mismo, si no al culto envuelto en injusticias. El culto,(la celebración de la eucaristía) y la injusticia son incompatibles:

“No os hagáis ilusiones con repetir palabras mentirosas: Aquí esta el templo del Señor. ¡Qué templo del Señor, templo del Señor! Si mejoráis vuestra conducta y vuestras obras, si practicáis de verdad la justicia mutuamente, si no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda ... entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar" (Jer 7,4-6).

Hay que hacer culto, pero un culto vivo, vivificado por el Espíritu de la verdad y del amor (Jn 14,17). No basta con decir que somos cristianos "practicantes", sólo porque vamos a Misa todos los domingos y fiestas de guardar y cumplimos con otras prácticas religiosas, si, a la vez, dejamos sin cumplir las prácticas sociales de justicia y de solidaridad:

“No todo el que me dice: "Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7,21).

Y esa voluntad de Dios es muy clara: Que sus hijos, todos los seres humanos, participen fraternalmente, con los mismos derechos y por igual, de todos los bienes de la tierra.

2.- *Petición*

Una postura del orante es pedir. El hombre, desde su nada, es un indigente. Ante Dios estamos como el pordiosero, con el brazo extendido y la mano abierta pidiendo la limosna de sus gracias. Jesucristo hacía también una oración de petición: por sí mismo (Mt 26,39; Jn 17,1-5), por sus verdugos (Lc 23,33), por sus discípulos (Jn 17,6-19), por los futuros creyentes (Jn 17,20), por todo el mundo.

Dios conoce todo lo que necesitamos antes de que se lo pidamos y, como es Padre, nos lo concede (Mt 6,8). Si no nos lo concede es por esto: "Pedís y no recibís, porque pedís mal, con la intención de satisfacer vuestros caprichos" (Sant 4,2). Se trata no de doblegar la voluntad de Dios a la nuestra, sino la nuestra a la suya, por lo que la petición hay que terminarla así: "Hágase tu voluntad". Por tanto, sólo habría que pedir, no pedir nada. Pero hay que pedir, porque nos lo manda Jesucristo y hacerlo con fe (Mt 7,7; 11,24) y en su nombre (Jn 14, 13-14; 15,16; 16,23), porque eso nos hace humildes y nos humaniza.

Comenzamos la Misa pidiendo perdón. Porque todos somos pecadores; si decimos que no lo somos, estamos mintiendo (1 Jn 1,8). "Todos pecamos de muchas maneras" (Sant 3,2), cada cual a la suya. La Iglesia es santa, porque la fundó un santo, el único santo, y porque tiene instrumentos de santidad (la Palabra y los Sacramentos), pero sus miembros somos una masa de pecadores. Un cristiano sin conciencia de pecado es un imposible. El que no se siente pecador no es capaz de pedir perdón y de comprender al pecador, como el fariseo de la parábola que se consideraba santo y tachaba de pecador al publicano (Lc 18, 9-14).

Pedimos perdón con el corazón contrito para que la fórmula litúrgica no sea rutinaria. Y Dios nos perdona, porque es un padre "clemente y misericordioso (Neh 9,17) que" perdona todos nuestros delitos y nos colma de amor y de ternura, paciente y todo amor " (Sal 103, 4-13). Lo propio de Dios es perdonar: "Tiene misericordia de todos, porque todo lo puede y pasa por alto los pecados de los hombres" (Sab 11,23).

Nos sentimos perdonados, con las debidas disposiciones para celebrar el banquete eucarístico, pues Dios nos ha despojado de los andrajos del hombre viejo y nos ha revestido con el traje de los "llamados a la mesa del señor".

Pedimos más cosas: que el Espíritu Santo nos congrege en la unidad, pedimos por el Papa, por los Obispos, por todos los pastores de la Iglesia, por la comunidad cristiana de la que formamos parte, pedimos por el mundo entero.

Recitamos en plural el Padre Nuestro, la oración por excelencia, el resumen de todo el evangelio, el carné de identidad del cristiano. En el Padre Nuestro está incluido todo lo que podemos pedir y apetecer, no hay otra manera de orar:

"Si oramos recta y congruentemente, nada absolutamente podemos decir que no esté contenido en el Padre Nuestro. Quien en la oración dice algo que no pueda referirse a esta oración evangélica, si no ora ilícitamente, por lo menos hay que decir que ora de manera carnal" (S. Agustín, Carta a Prova).

Pedimos perdón y nos comprometemos a perdonar todo y a todos; pedimos el pan que necesitamos y nos comprometemos a dar el pan que nos sobra a los que no

tienen pan y se mueren de hambre; pedimos que venga a nosotros el reino de Dios y nos comprometemos a que se extienda por todo el mundo. Lo comenzamos con la palabra más importante de la Biblia: "Padre" que es el resumen del Padre Nuestro y culminación de la revelación cristiana, pues nos manifiesta el misterio de Dios que es "Padre".

3º.- Acción de gracias

Toda la Misa es una acción de gracias. Damos gracias por la creación del mundo lleno de bienes para nuestro disfrute. Por todas sus intervenciones salvíficas en la historia humana, en la historia de su pueblo, pueblo de la Alianza antigua (Israel) y en la historia de la alianza nueva y eterna en favor de todos los pueblos de la tierra. Le damos gracias sobre todo por el hecho histórico por excelencia, la redención del género humano realizada por Jesucristo; por la Iglesia, extendida y para que se extienda más por toda la tierra. Le damos gracias por el pan y el vino, recibidos de su generosidad, como alimento del cuerpo que se transforman en alimento del alma.

La historia de la salvación es un derroche de gracias divinas que tienen como último fin "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4), un don de Dios que nunca podemos merecer, pues en el orden sobrenatural ni siquiera podemos decir "Jesús es el Señor" si no estamos movidos por el Espíritu Santo (1 Cor 12,3). En la alegoría - parábola de la viña, Jesucristo nos dice que sin él no podemos hacer nada (Jn 15,5). La gracia definitiva, la gloria eterna, que recibiremos graciosamente de él, es la que nos dará el día de la manifestación de Jesucristo (el día que pasemos de este mundo al otro), en la que debemos poner toda esperanza (1 Pe 1,13).

El salmista nos invita a que vayamos al templo a dar

gracias (Sal 95,2). Justamente a eso vamos a la Iglesia. Eso es lo que Dios nos pide: "El que ofrece acción de gracias, ese me honra" (Sal 50,23). "Que tu ofrenda sea la acción de gracias" (Sal 95,14).

A nosotros nos corresponde "ser agradecidos... y todo lo que hagamos, hacerlo en nombre del Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col 3,15-17).

Dar gracias a Dios es glorificarle, alabarle, bendecirle. En la Biblia hay muchas fórmulas que pueden ayudarnos en nuestra acción de gracias personal. San Pablo empleaba, entre otras, estas

"Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo" (2 Cor 1,3).
"Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales" (Ef 1,3).

El salterio es pródigo en himnos de acción de gracias, de gloria y alabanza a Dios.

"Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (Sal 136,1). "Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos" (Sal 19,1).

Y el salmo 118 nos convoca a unirnos al coro de todas la criaturas que no cesan de alabar a Dios: Los ángeles del cielo, el sol, la luna y las estrellas, montañas y colinas, fuego y granizos, peces del mar y árboles frutales, aves y ganados, jóvenes y mayores, niños y doncellas, que todos los seres alaben al Señor.

B.- Signo de unidad

“Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles” (He 2,43).

1.- Las Sagradas Escrituras

La enseñanza de los apóstoles se basaba en los hechos y en los dichos de Jesucristo en el marco de la Sagrada Escritura y como culminación de la misma. Lo acontecido en la persona de Jesucristo fue “según la Escrituras”. En el Nuevo Testamento hay unas 350 citas del Antiguo, lo que indica que “en el Antiguo está latente el Nuevo y en el Nuevo está patente el Antiguo” (San Agustín), formando una unidad inseparable, pues los dos tienen a Dios por autor.

1.- Las dos mesas

La Misa es un banquete en el que hay dos mesas igualmente nutritivas: La Palabra de vida y el Pan de vida. Jesucristo, antes de ser “Pan de vida” se hizo “Palabra de vida”.

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras, al igual que el mismo cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida tanto de la Palabra de Dios, como del Cuerpo de Cristo sobre todo en la liturgia” (Conc . Vat. Dv 21).

En un manuscrito de la antigüedad hay una representación de la Biblia y de la Eucaristía con esta inscripción: “Par honor utrique “, el mismo honor a ambas.

Las dos se complementan, hasta el punto de que “sin la Eucaristía tenemos en la Biblia las palabras de un ausente y sin la Biblia tenemos en la Eucaristía una presencia muda” (Auzou).

Son las dos fuentes de la espiritualidad cristiana:

“Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias estas dos cosas ...; tu sagrado cuerpo para alimento del alma y tu divina palabra para que sirva de luz a mis pasos. Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien, porque la Palabra de Dios es luz para el alma y tu sacramento, pan que da la vida” (Imitación de Cristo IV, 11,16-20).

2. - Celebración de la Palabra

En la Misa hacemos primero la celebración de la Palabra, las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, que nos interpelan y a las que hay que dar una respuesta individual y colectiva, como miembros, no sólo de la comunidad cristiana, sino de la comunidad universal, de la que nunca debemos prescindir.

La lectura de la Biblia adquiere su plena dimensión cuando se hace en común, desde la Iglesia y para hacer Iglesia, para estrechar los lazos fraternos de los asistentes entre sí y de todos los seres humanos. La comunidad y la Palabra forman una unidad indisoluble. La Iglesia crea la Palabra y a su vez es creada por ella. La comunidad de los creyentes es como

la matriz donde vive, se actualiza y se transmite la Palabra. Si falta la Palabra, la vida cristiana se reduce a unos ritos y prácticas sacramentales y la Parroquia se debilita, se muere poco a poco.

Cuando la leemos juntos, la comprendemos mejor. San Gregorio Magno decía que” leyendo y releendo un texto Bíblico, que no lograba entender, lo comprendió situado ante los hermanos en comunidad. Esto es lo que hacemos en la Misa, momentos óptimos para mejor comprensión de la Palabra de Dios, ayudados, además, con la homilía del presidente; cada uno saca sus consecuencias prácticas: “Practicad la palabra y no os limitéis a escucharla” (Sant 1,22).

Este primer alimento es imprescindible para los creyentes, y de una manera especial para los que se dedican “al ministerio de la Palabra” (DV 25), a la pastoral, a la catequesis, a toda instrucción cristiana (DV 24), pues la Biblia es el alma de la teología, de la moral y, en general, de todas las ciencias del espíritu (DV 24).

La enseñanza cristiana se centra en dar a conocer a Jesucristo, su vida, sus hechos y su doctrina. El libro de texto para todos es la Biblia, la cual es cómo una pirámide en cuya cúspide está Cristo, último referente tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Por eso decía San Jerónimo que “desconocer la Sagradas Escrituras es desconocer a Jesucristo“. Y por eso hay que hacer una lectura cristiana de la Biblia, descubrir en ella a Jesucristo.

3.- Palabra comulgada

Dios elije a Ezequiel para predicar su palabra a un “pueblo de rebeldes... hijos de cara dura y corazón de piedra” (Ez 2,3). Para poder cumplir con esa misión, le dijo: “Come

este libro y vete a hablar a la casa de Israel (3,1). Ezequiel cuenta: “Yo abrí la boca y me hizo tragar el libro... yo lo comí y fue en mi boca dulce como la miel”. San Agustín dice que “La Palabra de Dios es más dulce que la miel y más nutritiva que cualquier otro alimento” (3,2-3).

La palabra traspasa de parte a parte el núcleo vital de nuestro ser. Salió de Dios y no puede volver a él de vacío (Is 55,11). Hay que darle la respuesta que reclama, porque la Palabra es Dios mismo que se nos da por entero y al que por entero debemos darnos.

Esta palabra, comida y asimilada es “eficaz, como espada de dos filos que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula”. (Heb 4.12). Para que así sea hay que actualizarla en nuestra vida, vivir lo que nos dice.

La teología clásica dice que en la celebración del sacramento hay dos factores determinantes. Uno que actúa “ex opere operantis”, referido a las disposiciones del sujeto que lo recibe, las cuales condicionan, en gran parte, la eficacia del otro factor que actúa objetivamente “ex opere operato”, con la fuerza del sacramento en sí mismo. “Lo que se recibe, se recibe al modo del que lo recibe”. Si el recipiente no tiene la debida preparación, el sacramento no alcanza los frutos que deberían producirse en orden a nuestra salvación, incluso podría acontecer todo lo contrario:

“El que come del pan o bebe del cáliz indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examine cada uno su propia conciencia y entonces coma del pan y beba del cáliz. Porque el que come y bebe sin considerar que se trata del cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación” (1 Cor 11,27-29).

El “pan de vida “, comido indignamente, sin las debidas disposiciones, se convierte en “pan de muerte“.

Todo esto significa que la primera parte de la Misa, la comunión con la Palabra, que nos prepara para comer dignamente el pan de vida, tiene, al menos, tanta importancia como la segunda, la comunión con el cuerpo de Cristo. He aquí este texto de la Constitución apostólica “Missale Romanum“:

“Vivamente confiamos en que la nueva ordenación de la Misa permitirá a todos, sacerdotes y fieles, preparar sus corazones a la celebración de la cena del Señor... por una meditación más profunda de las Sagradas Escrituras“.

Para que esa meditación sea, en efecto, más profunda y eficaz, convendría hacer de ella una buena preparación y no pasar por ella a la ligera. Este sería el método clásico empleado ya por los Santos Padres:

1.- Leer y releer los textos bíblicos, con el fin de intentar comprender el sentido de los mismos, utilizando, si es posible, algún comentario, o al menos las notas que van a pie de página en la Biblia, pues no se concibe que un cristiano no tenga la Biblia en casa como libro diario de oración.

2.- Meditar sobre el contenido de las lecturas, reflexionar sobre él desde las realidades personales, familiares y sociales, que a cada uno nos es dado vivir.

3.- Orar con el texto, procurar encarnarlo en la propia vida, dejarse llenar por él que como agua temporal empapa y fecunda nuestro espíritu y nos llena de amor y de paz.

4.- Dar una respuesta concreta a cuanto nos ha dicho

esa palabra, adquirir un compromiso práctico, no solamente referido a nuestra vida privada, sino a nuestra convivencia con los demás. No podemos olvidar nunca que el hombre es un ser sociable y que los creyentes tenemos que manifestar nuestra fe al mundo con obras de amor.

Esta labor personal, realizada durante la semana, será el domingo confrontada y enriquecida con la lectura en común de la Palabra y por las sugerencias que suscite en nosotros la homilía.

2.- La eucaristía

*“Perseveraban en la fracción del pan”
(He 2,42)*

Celebraban la eucaristía el día del Señor (el domingo) y lo hacían así:

“Reunidos cada día del Señor, rompieron el pan y daban gracias a Dios, a fin de que vuestro sacrificio sea puro. Todo aquel que tenga contienda con su compañero, no se junte con vosotros hasta que se hayan reconciliado para que no se profane vuestro sacrificio” (Didajé, XIV, 1 Y 2).

Una persona que esté enemistado con alguien, aunque sólo sea con uno, no está en condiciones de celebrar la Misa. Es mejor que no la celebre. Para un creyente, privarse de ello es, sin duda, un sufrimiento y una desgracia, pero celebrarla, sin haberse reconciliado con el hermano – y todos somos hermanos – es una profanación. Antes hay que tener la humildad de pedir perdón y la generosidad de concederlo.

Esto está muy claro:

“Si al llevar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda en el altar y vete antes a reconciliarte con tu hermano; después vete y presenta tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

No se trata únicamente de pedir perdón por la ofensa, sino de comprometerse a restaurar el daño causado al hermano. El amor, la fraternidad, es la ley suprema del evangelio, por encima del culto y del sacrificio. Dios dice:

“Yo quiero amor, no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos” (Os 6,6).

El amor consiste en practicar el mandamiento nuevo de la fraternidad (Jn 15,12-13) y el conocimiento de Dios en “ejercer el derecho y la justicia, en hacer justicia al pobre y al desvalido” (Jer 22,15-16). En definitiva, lo único que Dios nos pide es que seamos una familia de verdad, en la que, por amor a él, todo sea común entre nosotros y atendamos especialmente a los más pobres, los más desfavorecidos, los marginados de la sociedad, porque ellos son sus predilectos y deben ser para nosotros también los más queridos.

Vivir en el amor, en la paz con todos, está por encima incluso de la sagrada comunión. Porque ¿cómo se puede participar en el sacramento del amor y de la fraternidad, estando a mal con los hermanos? Más aún, la indiferencia hacia los demás, el desamor, aparte de ser un imposible en un cristiano auténtico, le convierte en un miembro muerto o casi

muerto, es como un cadáver de cuerpo presente en la asamblea litúrgica.

3.- La unidad

“Todos los creyentes vivían unidos “(He 2,44)

“Pensaban y sentían lo mismo” (He 4,32)

La Misa es el banquete de la unión y de la unidad. El pan está hecho de granos de trigo molidos y amasados; los que eran muchos, se han hecho una misma cosa; un trozo de pan que, al ser consagrado, se convierte en el símbolo de la unidad de los creyentes entre ellos y con Jesucristo, pues ese “pan de vida”, bajado del cielo, nos unifica, nos transforma; lo asimilamos y somos asimilados por él en el orden espiritual. Y lo mismo el vino, fruto de uvas machacadas, fermentadas, desaparecidas para ser una misma cosa, el vino que será sagrado, la sangre de Cristo. Así lo dice el Conc. Vat. II:

“En la fracción del pan eucarístico participamos realmente del cuerpo del Señor, y nos elevamos a una compenetración con él y nosotros mismos... todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo (1 Cor 12,27), cada uno es miembro del otro “ (LG 7).

La eucaristía y el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, están indisolublemente unidos, de tal forma que no se comulga, no se puede comulgar con el cuerpo de Cristo, si no se comulga con los demás, es decir, si no estamos unidos unos

con otros, si no somos “todos en uno”. Si uno es el pan, uno somos todos:

“El cáliz de bendición que bendecimos nos hace entrar en comunión con la sangre de Cristo y el pan que partimos nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo. Pues, si el pan es uno solo y todos participamos de ese mismo pan, todos formamos un solo cuerpo” (1 Cor 10,16-17).

“Todos somos miembros de un solo cuerpo” (Ef 3,6) en el que nos necesitamos y nos complementamos unos a otros. Nos reunimos, estando ya unidos, como condición indispensable, y crecemos en la unidad bajo la acción del Espíritu Santo.

“El que no ama al hermano que ve, no puede amar a Dios al que no ve” (1Jn 4,20); y asimismo: el que no está unido al hermano que ve, no puede estar unido a Dios al que no ve.

En la comunidad de Jerusalén todos tenían un solo corazón y una sola alma, todos eran uno en Cristo. La Misa no se puede celebrar con corazones distanciados y almas divididas o incluso enfrentadas. Si esta unión fraterna no es visible y constatable, es que la unión con el cuerpo de Cristo no se ha realizado debidamente, la Misa no ha producido sus frutos en nosotros.

4.- La concelebración

Concelebramos todos. Nos preside Jesucristo, el Sumo y

eterno Sacerdote, en cuyo nombre lo hace el Sacerdote ordenado o ministerial.

Todos somos coofrentes y coofredidos. Somos el “sacerdocio santo”(1 Pe 2,5), “linaje escogido, sacerdocio regio, nación consagrada”(1 Pe 2,9), “reino de sacerdotes” (Ap 1,6); mediante el bautismo participamos del sacerdocio de Jesucristo.

Recordamos y vivimos la ofrenda que hizo Jesucristo de una vez para siempre y, a imitación suya, nos ofrecemos a nosotros mismos, con nuestros gozos y nuestros sufrimientos, con nuestros aciertos y nuestros errores, con todos nuestros problemas, todo lo ponemos en el altar, todo lo dejamos en sus manos, y esto para ser santificados por él. Así lo afirma el autor de la Carta a los Hebreos:

“Nosotros somos santificados, de una vez para siempre, por la ofrenda del cuerpo de Cristo... porque una ofrenda única [la que hizo Jesucristo de sí mismo] ha hecho perfectos para siempre a aquellos que santifica” (He 10,10.14)

Y así lo manifestó él antes de su muerte:

“Por ellos me santifico a mí mismo para que ellos sean también santificados en la verdad” (Jn 17,19) .

Jesucristo se ofrece, se sacrifica, se santifica (tres verbos homologables) con su muerte en cruz, santificándonos a nosotros, sumergiéndonos en la realidad divina de la verdad y del amor.

Y todo esto “de una vez para siempre”. El sacrificio de

Jesucristo es irrepitible. Una sola Misa bastaría también para ser santificados. Y si después de tantas ofrendas, de tantas Misas celebradas, no avanzamos un milímetro hacia la santidad de Dios, tendremos que cuestionarnos qué clase de celebraciones estamos haciendo, con el fin de no caer en la rutina. Para que no sea rutinaria, la Misa ha de ser bien preparada, bien celebrada y bien vivida.

C.- Símbolo de caridad

“Todos los creyentes lo tenían todo en común. Vendían las posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno” (He 2,44-45: 4,32-35).

1.- Comunidad de bienes

Lo que se realiza en el orden espiritual (“todos pensaban y sentían lo mismo” 4,32), hay que hacerlo en el orden material: tenerlo todo en común.

A esto se ha llamado el “comunismo cristiano”, el sublime ideal del evangelio: cada cual da según sus posibilidades y recibe según sus necesidades.

Y si el comunismo histórico no llevó a cabo este su programa, sino que más bien hizo lo contrario, y fue además condenado por la Iglesia por ser ateo, el capitalismo salvaje, fruto del neoliberalismo actual, debe ser condenado por idólatra, pues adora al dios mammona – el dinero – incompatible con el Dios de Jesús, porque no reparte, como Dios manda, la riqueza del mundo.

Una comunidad de fe, en la que unos nadan en

abundancia y otros pasan hambre, no es una comunidad cristiana. Todo debe ser común, incluso en la familia universal, todo debe compartirse. Esa fue la utopía realizada por la primera comunidad de Jerusalén:

“Nadie llamaba propia cosa alguna de cuantas poseían, sino que tenían en común todas las cosas” (He 4,32)

Esa es la meta del cristianismo. La tierra y cuanto hay en ella es de Dios: “La tierra es mía” (Lev 25,23), dice el Señor; todo debe ser común, pues Dios es el padre de todos los seres humanos, los cuales tienen derecho a estar sentados en la mesa redonda del banquete de la vida; “mío, tuyo y suyo” son de las palabras más perniciosas del diccionario. “Todo lo que es de Dios nos es común para nuestro uso” (San Ambrosio).

Podemos suponer que esa utopía no se realizó literalmente como indican los textos, o que, si se realizó, fue sólo en una reducida comunidad y que murió al poco de nacer. Eso da igual, pues lo que importa es que ese es el programa de todos los creyentes en Jesucristo.

2.- La desigualdad de bienes

De hecho, en las comunidades de Corinto se olvidaron pronto de ese ideal. He aquí la primera reflexión que tenemos sobre la eucaristía. Pertenece a San Pablo y no es de orden dogmático o espiritual, sino de carácter puramente social y material:

“Al parecer, vuestras reuniones, en lugar de haceros bien os hacen mal... Cuando os reunís hay divisiones entre vosotros..., cuando os reunís en común, ya no es eso

comer la cena del Señor. Porque cada cual se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se emborracha..." (1 Cor 11,18-21).

Se reunían para celebrarla, pero antes se juntaban en grupos para comer su propia cena y en unas mesas había abundancia de alimentos y en otros poco o muy poco. ¿Cómo podían luego partir y compartir el pan del cielo si antes no habían compartido el pan de la tierra? Aquello era profanar la celebración eucarística, pues fomentaba la desunión y la insolidaridad.

La eucaristía no puede convertirse en evasión de culto: ¿Es que se puede celebrar la cena del Señor, ignorando las dolorosas contradicciones que hay entre nosotros, entre pobres y ricos, entre poderosos y excluidos? No puede haber cisma entre el sacramento del amor y el sacramento del hermano. Donde no hay justicia y amor, no puede haber culto a Dios, lo que hay es anticulto.

Aquellas cenas de los cristianos de Corinto querían ser, pero no eran, la cena del Señor. Una comunidad insolidaria, incapaz de compartir sus bienes, no está preparada ni capacitada para celebrar la eucaristía como Jesús quiere. El rico Epulón es condenado porque no tiene ni la más mínima generosidad con el pobre Lázaro, porque no sólo no le sienta a su mesa, que sería lo evangélico, sino porque no le daba ni siquiera un pedazo de pan (Lc, 16,19-31).

3.- La tercera comunión

En la Misa hacemos tres comuniones: comunión con la Palabra de vida, con el pan de vida y con el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.

Comulgar con los hermanos es estar de acuerdo con ellos, tener un mismo sentir y un mismo pensar, estar en paz con ellos y a su servicio: “Compartimos realmente el cuerpo del Señor que nos lleva a la comunión con él y entre nosotros” (LG 7).

La comunión con la Palabra es la primera, la comunión con el cuerpo de Cristo la segunda y la comunión con los hermanos es la última, pero esta, en el orden práctico, es la primera para que las otras dos tengan su eficacia en nosotros. Sólo desde la comunión con los hermanos podemos acceder a las otras dos. Igual que en la ley del amor, lo primero es el amor a Dios, pero en la práctica es el amor al prójimo: “Todo se reduce a esto: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo... la plenitud de la ley es el amor” (Rom 13,9-10). Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14). Si no hay amor al prójimo, no hay amor a Dios, por mucho que recemos y repitamos que le queremos mucho; eso serían rezos vanos y palabras vacías. Santa Teresa decía a sus hijas:

“Sólo estas dos cosas nos pide el Señor: amor de su Majestad y amor al prójimo“. Y continúa: “La más cierta señal que hay de si guardamos estas dos cosas, es quedando bien la del amor al prójimo, porque si amamos a Dios no se puede saber, más el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que cuanto más en esto os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor a Dios... en esto yo no puede dudar “ (5 M 3,7-8).

El amor al prójimo es la señal del cristiano:”En esto

conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros“ (Jn 13,35). No conocerán que lo somos por celebrar la Misa, sino porque antes de celebrarla nos amamos y después de celebrarla nos amamos más.

El amor prójimo tiene que concretarse en la acción caritativa:

“Si alguno tiene bienes de este mundo, ve a su hermano en la necesidad y le cierra las entrañas, ¿cómo puede estar en él amor de Dios? Amémonos, no de palabra y de boquilla, si no de verdad” (1 Jn 3,17-18).

Son abundantísimos los textos de los Santos Padres en este sentido. He aquí uno un tanto largo, que lo dice todo, de San Juan Crisóstomo:

“No es un criterio suficiente de dignidad presentarse a las mesas [a las eucaristías] con vasos de oro. No era de plata aquella mesa, ni de oro el cáliz del cual Jesucristo dio su sangre a sus discípulos... ¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando lo contemplas desnudo en los pobres, ni le honres, aquí en el templo, con lienzos de seda, si al salir le abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “esto es mi cuerpo” y, con su palabra, lleva a realidad lo que decía, afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer...”. El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de

almas, los pobres en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos... Porque, si Dios acepta los dones para su templo, le agradan mucho más las ofrendas que se dan a los pobres... El don dado para el templo puede ser motivo de vanagloria, la limosna, en cambio, sólo es signo de amor y de caridad. ¿De que serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Jesucristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Jesucristo...Os exhorto a que sintáis mayor preocupación por el hermano necesitado que por el adorno del templo" (PG,58,508-509).

¿De qué nos serviría creer que Jesucristo está en el sagrario, si no creyéramos que está también en el cayuco o en la patera del emigrante, en las celdas de las cárceles, en los hospitales, en los que se mueren de hambre, de tantos millones de pobres como hay en el mundo?

4.- La limosna

La atención a los pobres es una exigencia de la celebración de la Misa:

"La eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres; para recibir en la verdad el cuerpo y la sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Jesucristo en los mismos pobres" (Catecismo de la Igl. Cat).

La limosna era uno de los tres pilares de la religión judía y lo son también de la cristiana: la oración, el ayuno y la limosna (Mt 6,1-18) . Tobías decía esto a su hijo:

“Practica con tus bienes la limosna y no apartes tu rostro de ningún pobre, porque así no apartará de ti su rostro el Señor. Da limosna según tus posibilidades. Si tienes mucho, da mucho y si tienes poco, da con largueza de ese poco... pues la limosna libra de la muerte” (Tob 4,7-10)

La limosna tiene un poder cuasi sacramental, “cubre la multitud de los pecados” (Si 3,30), es como un préstamo que se hace el Señor (Prov 19,17) que paga con bienes imperecederos; facilita a los ricos la entrada en el reino de Dios, tan difícil de conseguir para cuantos están apegados al dinero (Mt 19.24).”El amor al dinero es el origen de todos los males” (1 Tim 6,10). Jesucristo decía y sigue diciendo:

“Vended lo que tengáis y dad limosna de ello. Hacedo bolsas que no se gasten y riquezas inagotables en el cielo... porque donde está vuestra riqueza, allí estará vuestro corazón” (Lc 12.33-34).

Un cristiano es un manirroto, está siempre en actitud de dar, porque ese es su deber: “Da al que te pida y no vuelvas la espalda al que te pida algo prestado” (Mt 5,42). Si los bienes espirituales nos son comunes, también deben ser los materiales:

“No rechazarás al necesitado, sino que tendrás todo en comunión con tus hermanos y de nada dirás que es tuyo propio. Pues si tenéis en común los bienes inmortales ¡cuánto más los mortales!” (Didajé IV 8).

En la Misa adoramos a Dios, le damos culto, partimos y compartimos el pan sagrado, lo que constituye el signo fundamental de nuestra religiosidad, siempre que no se convierta en práctica de un ritualismo externo y rutinario. Para el profeta Isaías las bases de la verdadera religiosidad son estas:

“Abrir las prisiones injustas, soltar los conyundas del yugo, dejar libres a los oprimidos, romper todos los yugos, repartir el pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que veas desnudo y no eludir al que es tu propia carne” (Is 58,6-7).

Este texto, junto con Is 61,1-2, nos remite al discurso inaugural de Jesucristo (Lc 4,16-19) en el que anuncia la preferencia de los pobres en su programa, y al discurso sobre el juicio final (Mt 25,31-46) en el que se identifica con los pobres. Si los pobres son sus preferidos, deben serlo también para nosotros. La Iglesia es de todos, pero primordialmente es de los pobres, los ciudadanos de primera en el reino de Dios, los que deberían ocupar siempre los primeros puestos en las asambleas litúrgicas, por haber sido designados por Jesucristo como sus representantes.

5.- Servicio hasta el extremo

El evangelio de Juan no narra la institución de la Eucaristía. La da por supuesta. Y donde los otros tres evangelios la colocan, él pone, en su lugar, el lavatorio de los pies (Jn 13,5-15). Creo que en este relato se encuentra, tal vez, el símbolo más fuerte de lo que es la Iglesia y de lo que exige la Eucaristía.

Jesucristo lava los pies a sus discípulos, se hace el esclavo de todos. Para eso había venido a este mundo: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por la liberación de todos” (Mt 20,28).

Con el saber y con la autoridad de “el Maestro” (Mt 7,29), les imparte su última lección de carácter testamentario, la lección del servicio, explicada magistralmente con el gesto de lavarles los pies, símbolo del amor más grande que culmina con su muerte en cruz.

Y con el poderío de “el Señor” les ordena que hagan lo que él acaba de hacer. Con esto, el servicio viene a ser la ley constituyente de la Iglesia, la norma suprema y absoluta de obligado cumplimiento para todos sus miembros, una comunidad de esclavos los unos de los otros. Desentenderse del servicio a los demás equivale a situarse al margen de la ley eclesial, pues la razón de ser de la Iglesia es el servicio a todos los hombres.

La fuerza evangelizadora de la Iglesia está en la debilidad del siervo, del que nada cuenta, y, sólo desde esa nada, desde la humildad, del que no pretende ser algo o ser mucho, puede hablar de manera creíble de Jesucristo, el cual “siendo de naturaleza gloriosa... se hizo la nada tomando la naturaleza de siervo... y se humilló hasta su muerte en cruz” (Fil 2,7-8).

Todo esto puede y debe relacionarse con la Eucaristía.

Jesús, después de lavarles los pies, símbolo de su muerte, como el mayor servicio de amor que puede hacerse, dice a sus discípulos: “Haced vosotros lo mismo “, es decir, servicios hasta el extremo, hasta morir unos por otros. Y en la eucaristía, después de darles a comer el pan y a beber el vino, su cuerpo entregado y su sangre derramada, les dice: “Haced esto en memoria mía “, es decir, recordándome a mí y el sacrificio de mi vida, estad dispuestos también vosotros a ofrecer las vuestras por los demás.

Al final todo se reduce a lo mismo: “Amaos unos a otros como yo os he amado“ (Jn 15.17).

IV.- SIMBOLOS Y GESTOS

En los símbolos encontramos significados de carácter teológico – espiritual, que trascienden la literalidad de las palabras y la realidad puramente histórica de los hechos narrados. El símbolo presencializa otra realidad que no se descubre a primera vista o en una primera lectura. Los gestos, aparte de su significación, indican que es la persona entera, no solo el espíritu la que está actuando, orando, adorando, dando culto.

Altar

El altar simboliza a Jesucristo. Lo primero y lo último que hace el Sacerdote en la Misa es besarlo y todos nos unimos a ese beso, proclamamos que Jesucristo está presente presidiendo la asamblea. Con ese beso nos saludamos y nos despedimos todos los asistentes.”Cada mañana, al celebrar la misa, pongo todo mi ser en lo que sucede desde el primer beso al altar hasta el del final. Allí dejo todo lo que tengo, porque Él me lo da y sobre todo dejo el amor del Hijo derramado en mi corazón. Es entrar en la vida” (IC)

Cruz

La Misa comienza y termina con la señal de la cruz – está abrazada con la cruz – invocando, al propio tiempo, a la Trinidad Augusta, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La cruz es el símbolo de la salvación del mundo, “esperanza única” de todos los mortales. La cruz es la señal del cristiano, dos palos cruzados, el vertical que nos remite a Dios y el horizontal que

nos remite a los hermanos. Esta es la doble dimensión de la Misa.

Golpes de pecho

A la Misa llegamos con el fardo de nuestros pecados, somos y nos sentimos pecadores. Pedimos perdón y nos damos golpes en el pecho, lo que indica que estamos profundamente arrepentidos. Y Dios, que es nuestro Padre, nos perdona. Perdonados, reconciliados con Dios y con los hermanos, estamos en condiciones de celebrar la Eucaristía.

Las manos

El sacerdote pone sus manos sobre el pan y el vino, como haciendo fuerza al Espíritu Santo para que penetre en ellos, los transforme, los convierta en una “nueva realidad”. Otras veces las extiende y las eleva en alto en plan de súplica, de intercesión y de glorificación al Glorificado. Los brazos abiertos nos recuerdan a Cristo clavado en la cruz.

Amén

El “amén” repetido indica la rúbrica firme de la asamblea a cuanto estamos realizando y diciendo; nos adherimos, con toda el alma y de todo corazón, a cuanto el Sacerdote dice y hace en nombre de todos.

Agua

Las gotas de agua, que se mezclan con el vino en el cáliz, y quedan consagradas, nos simbolizan a nosotros que nos

ofrecemos y nos unimos místicamente con Cristo con lo que, de alguna manera, quedamos transformados en él.

Colecta

La colecta simboliza nuestra solidaridad con los pobres. La aportación económica hay que hacerla con la mayor generosidad, pues la Iglesia tiene muchas necesidades que cubrir. “Los domingos, cada uno de vosotros reserve lo que pueda según lo que gane para la colecta” (1 Cor 16,2).

Paz

Sin estar en paz con todos no se puede celebrar la eucaristía. Nos damos el saludo de la paz, el beso, el abrazo, el apretón de manos y rubricamos con este gesto nuestra fraternidad, la concordia de unos con otros y de todos con Dios. Jesucristo nos dio la paz, nos dejó su paz (el conjunto de todos los bienes) para que vivamos en paz y desterremos de nosotros las contiendas, las peleas de familia, la crueldad de todas las guerras, pues todas son incompatibles con el evangelio de la paz.

Cordero de Dios

San Juan Bautista anunció así a Jesucristo: “Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1 ,29). Y con esas palabras le muestra el Sacerdote antes de la comunión. Jesucristo no vino a condenar, vino a salvar (Jn 3,17; 12,57). Cristo fue a la muerte como cordero llegado al matadero, con paz, con mansedumbre, sin proferir una palabra, cargado con todos los sufrimientos y pecados del

mundo (Is 53,7).

La comunión

Es un momento culminante en el que hay que proceder con recogimiento y hasta con solemnidad, como una procesión sagrada hacia el altar para recibir al Santificador de nuestras vidas. Sobre el modo de recibirlo, San Cirilo de Jerusalén decía esto:

“Cuando avances no te acerques con las manos abiertas, ni los dedos separados sino con la mano izquierda haz un trono para la derecha que va a recibir al Rey. Recibe el cuerpo de Cristo en tu mano y responde: “Amén”. Santifica después con todo cuidado tus ojos por medio del contacto con el cuerpo sagrado y acógelolo”.

De pie

Estar de pie es señal de respeto, de veneración y de servicio. San Ireneo decía que rezar de pie es un gesto que recuerda a Jesucristo resucitado y a nosotros como resucitados en él: “La costumbre de no doblar la rodilla el día del Señor es un símbolo de la resurrección”. Los judíos normalmente oraban de pie (Lc 18,11-12).

Sentados

A la Iglesia vamos a pasarlo bien, no a mortificarnos. Los banquetes se celebran fundamentalmente sentados. Hay al menos tres momentos en que se pone uno de pie : En la

lectura del evangelio, cumbre de toda la Biblia; en la consagración, el momento más importante de la Misa; en la comunión del pan de la vida, tras esta comunión, ya sentados, dedicamos unos momentos a la contemplación y a la acción de gracias.

De rodillas

Es señal de arrepentimiento, de penitencia, de adoración. Jesucristo oraba de muchas maneras, también de rodillas (Lc 22,41). En todo caso, lo importante es estar siempre ante él con el alma arrodillada.

Silencio

Los espacios silenciosos de quietud son de suma importancia. Hay que aquietar todos los ruidos exteriores y abrir los oídos del alma para escuchar en silencio al que es “EL SILENCIO”. “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oída del alma (San Juan de la Cruz A 99).”Momentos de paz, de bienestar sin fin. Dios está en mí, mí silencio es una plenitud de presencia” (IC).

Bendición final

Al final, el Sacerdote, en nombre de Dios, nos bendice con la señal de la cruz. Salimos bendecidos, capacitados para transmitir esta bendición y con la obligación de bendecir, de decir-bien, de hablar siempre bien de los demás, y de hacer todo el bien que podamos a imitación de Jesucristo “que pasó por este mundo haciendo el bien”.

<i>Índice</i>	<i>Pág.</i>
I- NOMBRES	7
1. La cena del Señor	7
2. La mesa del Señor	8
3. La fracción del pan	10
4. Eulogía (Bendición)	11
5. Eucaristia (Acción de gracias)	13
6. Memorial	14
7. Cuerpo de Cristo	15
8. Santo Sacrificio	16
9. La Acción	17
10. La Alianza Nueva	18
11. La Misa	19
12. El Misterio de la fe	21
<hr/>	
II- TEXTOS BÍBLICOS	25
<hr/>	
III- REFLEXIONES	29
A. Sacramento de piedad	30
- Oración	20
1° Adoración	33
2° Petición	33
3° Acción de gracias	35
B. Signo de unidad	37
1- Las Sagradas Escrituras	37
1° Las dos Mesas	37
2° Celebración de la Palabra	38
3° Palabra comulgada	39
2- La Eucaristía	42
3- La Unidad	44
4- La concelebración	45

<i>Índice</i>	<i>Pág.</i>
C. Símbolo de caridad	47
1- Comunidad de bienes	47
2- Desigualdad de bienes	48
3- La tercera comunión	49
4- La limosna	52
5- Servicio hasta el extremo	55
IV- SIMBOLOS Y GESTOS	57

